

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Mejor Banquete de Navidad

NO. 2340

UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1881
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,
Y SELECCIONADO PARA LECTURA EL DOMINGO 24 DE DICIEMBRE, 1893

“¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Salmo 119: 103.

Esta es una época de festejos, y nosotros muy bien podemos tener nuestro festejo igual que otras personas tienen los suyos. Veamos si encontramos algo que pudiéramos comer que sea agradable a nuestro paladar espiritual y que satisfaga nuestro apetito espiritual, para que estemos contentos y nos alegremos delante del Señor. ¿No les parece que dos de las palabras de nuestro texto son muy extrañas? Si las hubiesen escrito ustedes, ¿no habrían dicho: “Cuán dulces son a mi *oído* tus palabras”? En cambio el salmista dice: “¡Cuán dulces son a mi *paladar* tus palabras!”, pues esa es la palabra sugerida como traducción en la nota marginal. El salmista no escribió: “¡Más que la miel a mi *oído!*”, sino, “más que la miel a mi *boca*”. ¿Acaso entonces las palabras son cosas que podemos paladear y comer? No, si fueran las palabras de un hombre. Serían necesarias muchas palabras nuestras para llenar un estómago hambriento. “Calentaos y saciaos”: serían necesarias muchas toneladas de ese tipo de ‘forraje’ para alimentar “a un hermano o una hermana... que tienen necesidad del mantenimiento de cada día”, pues las palabras del hombre son aire y son insustanciales, livianas y espumosas. A menudo engañan, se burlan y despiertan esperanzas que siempre se esfuman; pero las palabras de Dios están llenas de sustancia, son espíritu, son vida, y deben ser utilizadas como alimento por seres espiritualmente hambrientos.

No se extrañen que les diga eso. La palabra de Dios nos creó. ¿Habría de extrañarnos que Su palabra nos sustente? Si Su palabra da vida, ¿se sorprenden porque Su palabra también le proporcione alimento a esa vida? No se extrañen, pues escrito está: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Las palabras de Dios son comida y bebida, y son viandas, y si bien los cuerpos no viven de palabras, las almas y los espíritus sí se

alimentan de las palabras de Dios, quedando así satisfechos y llenos de deleite. Este es el lenguaje de alguien que come y a la vez de alguien que oye, de alguien que oyó las palabras y luego se las comió. La expresión es de origen oriental, pero para nosotros no resulta completamente extraña en nuestro lenguaje occidental, pues nosotros también decimos: “parecían comerse las palabras de aquel hombre”; eso se dice de los oyentes que están muy atentos a las palabras cuando las disfrutan, cuando las palabras del predicador parecieran consolarlos y ministrarles sustento a su mente y a su espíritu.

Me gusta esta manera de describir la recepción de la palabra de Dios como un asunto de comer, pues un hombre no puede comer la palabra de Dios sin que viva. Quien la ingiere vive por hacerlo. La fe que come experimenta algo real; hay un algo allí que es muy cierto y que contiene los elementos de la salvación, pues paladear es un sentido espiritual que implica cercanía. Tú puedes oír a una gran distancia a través del teléfono, pero, de alguna manera, no creo que nadie llegue a inventar un catador eléctrico. Nadie sabe qué cosas pudieran inventarse, pero me imagino que, estando aquí, nunca seré capaz de comer nada en Nueva York. Pienso que difícilmente alcanzaríamos jamás un triunfo de la ciencia como ese. Siempre tendremos que estar cerca de algo para poder probarlo, y lo mismo sucede con la palabra de Dios. Si la oímos, es música en el oído; pero todavía pudiera parecer que está lejos de nosotros. Tal vez no pudiéramos captarla ni entenderla; pero si la saboreamos, eso quiere decir que realmente está depositada en nuestro interior. Entonces ha llegado muy cerca de nosotros y entramos en comunión con el Dios que la dio.

Esta idea de paladear la palabra de Dios conlleva el concepto de receptividad. Un hombre pudiera oír algo y, según decimos a veces, pudiera entrarle por un oído y salirle por el otro, lo cual sucede con frecuencia. Pero cuando un hombre introduce algo en su boca y lo prueba y resulta dulce a su paladar, entonces lo ha recibido. Si es dulce para él, no haría lo que hacen los que comen algo que es desagradable, algo objetable, que lo escupen de su boca; pero cuando lo encuentra gustoso, la dulzura lo llevará a mantenerlo donde está hasta tragarlo. Por eso me encanta el pensamiento de paladear la palabra de Dios porque implica cercanía, e implica una recepción real, y un asimiento auténtico a lo que es muy apreciado por el paladar.

La acción de catar es también un asunto personal. “Amigos, romanos, paisanos”, dijo Marco Antonio en su discurso fúnebre ante el cadáver de César: “préstenme oídos”; y los oídos son prestados y cantidades de personas oyen por otros. Pero comer, ciertamente, es un asunto personal; no hay ninguna posibilidad de que yo coma por ustedes. Si deciden morir de hambre gracias a un largo ayuno de cincuenta días, háganlo. Si yo me sentara e intentara diligentemente comerme la porción del alimento de ustedes y la mía también, no les serviría de nada en lo más mínimo. Ustedes tendrían que comer por cuenta propia, y tampoco hay forma de conocer el valor de la palabra de Dios mientras no la coman ustedes mismos. Tienen que creerla personalmente, tienen que confiar en ella personalmente y tienen que recibirla personalmente en lo más íntimo de su espíritu, pues de lo contrario no podrían saber nada acerca de su poder para bendecir y para sustentar. Queridos amigos, yo oro pidiendo que cada uno de nosotros, esta noche, entienda lo que el salmista quiso decir cuando habló de saborear las palabras de Dios y de encontrarlas más dulces que la miel a su boca.

I. Primero, esta noche les pido que presten atención a UNA EXCLAMACIÓN. El texto contiene dos notas exclamativas o admirativas: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Yo no puedo expresar en mi discurso las notas admirativas y exclamativas como me gustaría hacerlo; pero este versículo es evidentemente la expresión de alguien que está algo extrañado y asombrado, de alguien que tiene un pensamiento que no puede expresar adecuadamente. Es un pensamiento que proporciona un gran deleite al escritor, pues exclama: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”.

Ahora bien, yo creo que muchos se sorprenden al descubrir que *el Evangelio sea tan suculento cuando el alma lo prueba por primera vez*. Cuando no creía en Cristo, no podía imaginar que un hombre fuera capaz de sentir tanto deleite como el que experimenté cuando creí. Cuando miré a Cristo por primera vez, y fui aligerado de mi carga, me asombró mucho el alivio que sentí cuando la carga se desprendió de mis hombros. Me parecía como si nadie pudiera conocer nunca un descanso como el que yo disfrutaba entonces. Cuando contemplé mi pecado borrado totalmente por medio de la sangre expiatoria de Cristo, y cuando supe que era “acepto en el Amado”, hubiera podido decir con la reina de Sabá: “Ni aun se me dijo la mitad”. Yo había oído decir a mi padre y a otros cristianos que los seres que confían en el Señor son bienaventurados, pero nunca pensé que hubiera realmente una bienaventuranza como la que

descubrí. Me imaginaba que me seducirían con algunas dulces declaraciones de lo que, después de todo, pudiera ser un lugar común, pero no descubrí que fuera así, y aquí estoy para dar mi testimonio de que cuando creí la promesa de Dios estaba tan asombrado y sobrecogido de gozo que, incluso ahora, no podría decirles cuánto deleite sentí, sí, y cuánto deleite siento todavía en la palabra de un Dios fiel a todos los que confían en Jesucristo Su Hijo.

Esta, entonces, pudiera ser la exclamación de un alma que prueba el Evangelio por primera vez; pero también pudiera ser la exclamación de *un alma que es alentada porque sigue probando el Evangelio*: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!” “Desde hace cuarenta años” –dice alguien– “conozco al Señor”. Otro dice: “Yo conozco a Cristo desde hace treinta años y sigue siendo para mí tan precioso como siempre; Su palabra es tan fresca y novedosa como si nunca la hubiese oído antes, y Su promesa llega a mi alma con tanta vida y poder como si la acabara de proclamar ayer, o como si nunca la hubiera oído hasta este momento”. A ti que estás llegando a la mitad de la vida o que incluso estás rondando ya la ancianidad, ¿no te sorprende descubrir algunas veces cuán dulce es la palabra de Dios para ti? Y si, quizás, hayas estado alejado de la casa de Dios viajando por tierras extranjeras, o si has quedado postrado por la enfermedad, o, si, tal vez, seas un predicador y no oyes a menudo un sermón, ¿no es muy deleitable para ti sentarte en tu reclinatorio, y decir mientras oyes el Evangelio: “¡Oh, cuán dulce es; cuán claramente veo todo!”?

Hace algunos años oí un sermón –no tengo a menudo la oportunidad de oír uno– y cuando mis lágrimas comenzaron a rodar por una sencilla declaración del Evangelio, me dije a mí mismo: “Sí, no soy un simple intermediario que entrega el Evangelio a los demás, pues disfruto mucho su sabor”. Vamos, he tenido que estar aquí, a veces, como los carniceros en la época de Navidad, cortando y despegando trozos de carne para todos ustedes, y yo no he comido ni siquiera un bocado durante todo ese tiempo; pero cuando tengo la oportunidad de sentarme a la mesa y escuchar, tal vez, a algún pobre y humilde predicador que habla de Cristo, pareciera que me dispongo a usar mi cuchillo y mi tenedor y digo: “Sí, ese es precisamente el alimento para mí; sírvanme un poco más. Mi alma se alimenta de ese tipo de comida”. Y me he sentido alegre, con un deleite íntimo e indecible, al descubrir cuán dulce es a mi paladar. “Sí, más que la miel a mi boca”. Regocíjense, queridos amigos, si descubren que es así.

Yo supongo que este lenguaje exclamativo y admirativo pudiera provenir también *del santo más avanzado que va creciendo en el conocimiento del Evangelio*, del creyente que ha estudiado la palabra de Dios con gran empeño, y ha tenido una muy profunda experiencia con ella. Pronto acabamos con otros libros, pero la Biblia no se llega a entender plenamente nunca. Pienso que la mayoría de los lectores les dirán que, entre más leen, sólo han leído unos cuantos libros, mientras que a los jóvenes les queda todavía por leer una biblioteca entera. El hombre que ha sido un lector diligente y cuidadoso durante toda su vida descubre que ya sólo le interesa leer unos pocos libros. Conoce el resto, y podría escribir la mayoría de ellos y, tal vez, podría escribirlos mejor que como están escritos. Ahora se da a la tarea de tachar de su lista a este libro y a ese otro, pues los ha superado; y el libro que le encantaba cuando era joven deja de tener algún valor para él por haberlo superado en sus años maduros. Ha identificado claramente sus errores y ahora anhela ardientemente algo más preciso.

Pero eso no sucede nunca con las palabras de Dios. Eso no sucede nunca con *la Palabra de Dios*, la Palabra Encarnada, el Cristo. Entre más lo conoces, más deseas conocerlo, y entre más lo saboreas, más exquisito se vuelve, y en el cielo la dulzura será más intensa de lo que es ahora, y Cristo será más precioso y más deleitable para nosotros a lo largo de las edades eternas, de lo que es actualmente. Yo creo que, en la gloria, los santos alzarán a menudo sus manos y dirán: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Cuando esas palabras hayan sido completamente cumplidas, la simple mirada retrospectiva a la promesa embelesará a nuestros espíritus inmortales y el cielo se convertirá en algo como un bosque - como el de Jonatán- que destila miel; y cada palabra que Dios nos habló cuando estábamos aquí abajo, regresará a nosotros con incomparable dulzura cuando sea recordada en el mundo venidero.

II. Pero ahora, en segundo lugar, no tomen únicamente al texto con sus dos notas de admiración, sino como UNA DECLARACIÓN, una fría declaración de hechos. David es alguien que, cuando su corazón arde con un santo fervor y cuando su mano empuña la pluma como un diestro escritor, escribe con precisión. Se apega únicamente a la verdad aun cuando es más enfático, de tal manera que estoy seguro de que David tiene la intención de decirnos aquí que las palabras de Dios eran exquisitas para él.

Primero, *eran indeciblemente dulces*: “¡Cuán dulces!”, pero no nos dice cuán dulces eran. Dice: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus

palabras!"; es como si no pudiese decirnos cuán deleitables eran para él las enseñanzas de la palabra de Dios; eran algo indecible. Nosotros podemos decirles, queridos oyentes, que las palabras de la promesa de Dios son muy, muy dulces, pero no podríamos transmitirles ni la menor idea de cuán grande es esa dulzura. ¡Oh, gustad, y ved que es bueno Jehová! No hay forma de describir los sabores de un banquete real, no hay forma de describirle a un hombre que carece del sentido del olfato la fragancia de un delicioso perfume; y, de igual manera, tienes que conocer personalmente la dulzura de la palabra de Dios pues para nosotros es positivamente indecible.

Hay algo que sí expresa el salmista. Nos dice que las palabras de Dios son *sobresalientemente dulces*, pues, dice: "Más que la miel a mi boca". Se supone que la miel es la más dulce de todas las sustancias conocidas, pero David quiere decirnos que si hubiere alguna cosa que pudiese deleitar al corazón del hombre, la palabra de Dios es más cautivante para su corazón que esa cosa. David quiere decir que independientemente de lo que pudiera animar a un hombre, la palabra de Dios podría aliviarlo superando a cualquier otra consolación. Si en cualquier otra cosa hubiere gozo, hubiere paz, hubiere descanso y hubiere bienaventuranza, todo eso y más puede ser encontrado en un grado superior en las enseñanzas de la palabra de Dios y en las bendiciones del pacto de gracia. Más dulce que la dulzura misma, más dulce que la cosa más dulce que el propio Dios haya hecho es la palabra de Dios que Él ha hablado. ¡Oh, que sólo supiéramos cómo saborearla!

El salmista hace también esta declaración: que *todas las palabras de Dios son indeciblemente dulces para él*. No dice que lo sean para todos los hombres, sino que dice: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca". Se refiere a todas las palabras de Dios. Conocemos algunas personas que aman las promesas de Dios, pero a quienes no les importan mucho Sus preceptos. Si Dios dice una palabra de gracia, eso les gusta; pero si se trata de una palabra que contiene un mandamiento, ya no les importa mucho. ¡Oh, hermanos y hermanas, espero que saboreemos toda palabra que Dios haya dicho! Un hombre no debería decir: "Yo prefiero un sermón sobre el Nuevo Testamento que uno sobre el Antiguo Testamento". No debemos ser selectivos con la palabra de Dios. Cuando los individuos comienzan a contraponer una palabra de Dios contra otra, se convierten en ateos virtuales, pues el hombre que se atreve a criticar a la revelación de Dios se hace mayor que Dios, y con ello le resta a la Deidad y no hay Dios para él. Mi Dios para mí es

tal que si yo sé que una palabra es inspirada por Su Espíritu, la valoro más allá de toda concepción. No me corresponde decir: “Esta palabra de mi Maestro no es nada comparada con aquella otra”. Todas esas palabras salieron de la misma boca, y habiendo salido de la misma boca, todas son igualmente verdaderas para mí; y, si no todas son igualmente ricas en consuelo, con todo, “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. Desde uno de sus extremos hasta el otro, responde a algún propósito divino; ¿y quién soy yo para ponerme a juzgarla? Yo les ruego, hermanos y hermanas, que valoren cada palabra de Dios, y no permitan que nadie los conduzca al error de exaltar esta palabra sobre aquella, pues, si son palabras de Dios, todas son preciosas, y así deben ser consideradas.

David pareciera decir que *las palabras de Dios eran preciosas para él en todo momento*. Eran dulces para él cuando escribió el texto, y no podría decir en qué condición corporal y mental se encontraba en aquel momento, pero esto sí sé, que estando acostados sobre el lecho de los enfermos, transidos de dolor, muchos santos de Dios han dicho: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!” Y esto también sé, que emocionados de gratitud por las bendiciones de la providencia –salud, riquezas, amigos- con todo, los santos de Dios han encontrado mayor dulzura en Su palabra que en todas las cosas temporales, y siguen diciendo todavía: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!” Una marca permanente de un hijo de Dios es que las palabras de Dios son dulces para él, sí, algunas veces muy dulces, aun cuando esté medio temeroso de participar de ellas. “¡Oh”, -dice- “pluguiese a Dios que fueran mías! No necesito nada más dulce que la palabra de Dios y, aun si estoy un poco temeroso de apropiármela, con todo, es muy, muy amada para mí”. Si el nombre de Jesús es más dulce que la miel a tu paladar, entonces alégrate, pues esa es la marca de un hijo de Dios que no ha fallado todavía y que nunca fallará mientras el mundo permanezca.

III. Ahora, en tercer lugar, miren el texto de nuevo y verán que contiene UNA REPETICIÓN: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!” Bien, eso está muy bien David. Te entendemos. “Más que la miel a mi boca”. ¿Por qué quieres decir eso? ¿No estás repitiendo lo mismo dos veces? Sí, e intencionalmente, porque la palabra de Dios es dulce a Su pueblo de muchas maneras y muchas veces.

Como ya les he dicho, es muy dulce en su *recepción*. Cuando la recibimos por primera vez en nuestro corazón y nos alimentamos de ella, es muy preciosa, pero espiritualmente los hombres son algo

parecido a los rumiantes, pues tienen el poder de alimentarse una, y otra, y otra vez con aquello que una vez deglutieron. Miren cómo se echa el ganado y cómo rumia su alimento; y es cuando rumia, supongo yo, que obtiene la dulzura de lo que ha comido. Y espiritualmente, una vez que los hombres han recibido a Cristo, extraen una creciente dulzura de Él por medio de la *meditación*. Habiéndola recibido en sus almas, posteriormente digieren internamente la preciosa palabra y obtienen el jugo secreto y la latente dulzura de las promesas de la más santa revelación de Dios y del propio Jesucristo. Es así que el salmista dice primero: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Y luego las revuelve de nuevo en su boca por medio de la meditación, y por eso se repite diciendo: “Más que la miel a mi boca”.

Pero, ¿no piensan que la repetición que hay en el texto significa algo más, es decir, que si bien la palabra de Cristo es primero que nada muy dulce a nuestro paladar, hay también otra dulzura cuando la introducimos en nuestra boca, no tanto porque la comamos nosotros, como por decirla a otros? Hay gran dulzura en torno a la *declaración* de las palabras de Dios. Algunos de ustedes, que aman al Señor, todavía no se lo han dicho a nadie. Son cristianos secretos y se ocultan detrás de una columna y de un poste. ¡Oh, pero dicen que la palabra de Dios es muy dulce para ustedes mientras comen su trozo de pan en un rincón! Así es, pero obtendrían una dulzura mayor si salieran y declararan que aman al Señor. Estoy seguro de que así sería. De hecho, hay muchos hijos de Dios que no disfrutaban nunca de la plena dulzura de la religión porque no han tenido el valor de confesar a Cristo delante de los hombres. Yo desearía que algunos de ustedes que se sienten inseguros, ustedes, que tienen mucho miedo y temen, obedecieran el Evangelio. Ustedes saben que el Evangelio es: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”. “Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Si obedecen a la totalidad del Evangelio ahora, entonces obtendrán la totalidad de su dulzura. Pero quizás hubiera algún sabor peculiar en la palabra que no hayan conocido todavía porque han sido hijos desobedientes. ¿Advirtieron alguna vez esa invitación de nuestro Señor: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”? Sí, ustedes dicen que saben todo acerca de eso. Cristo les dice: “Venid a mí, y yo os haré descansar”. Ahora vamos un poco más lejos; ¿cuál es el siguiente versículo? “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. ¡Vamos, ese es otro descanso! Yo pensé que ya tenían descanso; ¿no dijo Jesús que Él les daría descanso? Sin embargo, en el siguiente

versículo dice: “Hallaréis descanso”. Sí, ese es otro descanso, un descanso que es todavía más profundo que se encuentra cuando toman voluntariamente el yugo de Cristo sobre ustedes, y se convierten en Sus discípulos y aprenden de Él. Entonces creo en verdad que mi texto significa justo eso. La palabra de Dios es muy dulce al paladar cuando la reciben por fe, pero tiene otra dulzura que es muy especial y más profunda cuando la colocan en la boca y confiesan a Cristo delante de los hombres.

Y permítanme agregar a esto que hay una dulzura muy especial vinculada con la predicación de Cristo en la *proclamación* pública de Su palabra. Pudiera ser que algún hermano aquí tenga el don de la oratoria, pero que no la haya usado nunca para su Maestro. Permítanme intercalar mi testimonio aquí. La palabra de Dios ha sido indeciblemente dulce para mi propio corazón, conforme la he creído; ha sido notablemente preciosa para mí, conforme la he confesado como cristiano; pero todavía hay un algo, no podría decirles qué, de singular deleite acerca de la predicación de esta palabra. ¡Oh, algunas veces, cuando he preparado mi sermón, en mi vientre ha sido amargo pero ha sido como miel en mi boca cuando lo he predicado a la gran congregación reunida aquí! Si pudiera elegir mi destino y si tuviera que detenerme incluso fuera del cielo para algún propósito, sería un cielo para mí que se me permitiera estar siempre predicando a Cristo y las glorias de Su salvación, y no sabría cuál sería mi elección entre eso y el cielo. Si tuviera el privilegio de estar sin cesar loando y alabando y exaltando a la amada Palabra de Dios, al Cristo que nació en Belén, si pudiera declarar por doquier a los pecadores que Dios está en Cristo reconciliando consigo al mundo, es más, que Él ya ha efectuado una reconciliación para todos los que en Él creen, esto podría ser un cielo suficiente, al menos para un pobre corazón, por todos los siglos.

“¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Prueba, hermano, para ver si no endulza tu boca comenzar a predicar a Cristo. Tal vez hayas estado demasiado callado y hayas sido demasiado silencioso. Levántate y habla en favor de Jesús y ve si la miel no viene a tu boca de inmediato. Antaño, retrataban al orador con abejas que zumbaban alrededor de sus labios y recogían la miel que caía de sus dulces expresiones. Eso muy bien pudiera ser sólo una fábula en relación al orador humano, pero ciertamente es válido en cuanto al hombre que predica a Cristo, que sus labios rebosan miel, y que entre más hable de su amado Señor y Maestro y entre menos trate de engrandecerse con la elocuencia humana, más sagrada elocuencia habrá en cada palabra que pronuncie.

Pienso que he explicado lo de la repetición, ¿no es cierto? No es ninguna repetición después de todo; por lo menos, no es una tautología; se trata de una repetición correcta y necesaria.

IV. Y ahora voy a terminar, en cuarto lugar, con UN EXAMEN, el examen de cada quien aquí presente esta noche. Es el cierre del año, y nadie objetaría a unas cuantas preguntas personales en un momento así.

La primera pregunta primordial es esta: ¿son dulces para mí las palabras de Dios? ¿Es Cristo mismo, la Palabra Maestra de Dios, el *Logos*, dulce para mí?

Primero, ¿será que no tengo paladar? ¿*Tengo un paladar espiritual?* Sería algo triste estar desprovisto por completo de un paladar natural; yo conozco a una persona que no tiene el sentido del gusto. El poeta Wordsworth careció durante años del sentido del olfato. Él era un caso muy notable, con una mente muy sutil, muy preciosa, muy hermosa. Una vez, durante un lapso muy breve, le regresó el sentido del olfato cuando estaba entre los brezos, y ustedes saben cómo cada ‘primavera’ (flores amarillas) a la vera del río tenía palabras para Wordsworth, y le hablaba realmente; y cuando le llegaba el dulce perfume de las apreciadas flores de mayo, el poeta quedaba muy arrobado, como si por un breve lapso hubiera entrado en el cielo. Pero el sentido del olfato pronto se esfumó, y otra vez se vio infelizmente desprovisto de él. La flor más rica, el más dulce arbusto no podrían ser nada para el hombre cuya nariz fuera insensible a su perfume.

¿Y qué tal si me sucediera eso espiritualmente? Quizá, mi querido oyente, hayas oído todo lo que hemos estado diciendo acerca de Cristo y hayas escuchado muchos himnos inspirados y únicos acerca de Él, pero nunca sentiste realmente que hubiera ninguna dulzura en Él. Entonces te imploro que te preguntes si no será porque careces de alguno de los sentidos que otras personas poseen. Si una persona fuera a decirme: “¡Cuán hermoso es ese cielo italiano! ¡Es de un azul profundo!”, y si yo volteara a verlo y dijera: “¡yo no veo absolutamente nada!”, y si cuando esa persona señalara al mar, o a los verdes campos, y yo mirara en aquella dirección y no viera nada, ¿qué habría de concluir? Pues bien, ¡que esa persona poseía un sentido llamado de la vista que yo no poseía! Por supuesto que yo podría ser lo suficientemente necio para decir: “No hay ningún cielo azul; no existe tal cosa. No hay verdes campos; no hay ningún

océano; no existe el sol; estoy seguro de que no existen, pues no vi nunca nada de eso”.

Un día vi a un hombre sentado a una mesa, con su servilleta debajo de su barbilla, disfrutando de su comida; él escuchó, desde su lugar, alguna observación que hice acerca de algún pecador; entonces intervino diciendo: “yo nunca he tenido una sensación espiritual en mi vida, y yo no creo que haya nada espiritual en este mundo”. Ahora, si yo hubiera estado parado junto a una pocilga y un cerdo me hubiera hecho esa observación, yo no le habría contradicho. Y no contradije a aquel hombre, pues pensé que había dicho la verdad. Creí en verdad que ese hombre no había experimentado nunca una sensación espiritual en su vida. Y cuando alguien dice: “yo no percibo ninguna dulzura en Cristo, y, por tanto, no hay ninguna”, yo desearía que llegaran a esta otra conclusión: “por tanto, no tengo ese sentido del gusto que me permitiría percibir Su dulzura”, pues esa es la pura verdad.

Un hombre que no ha nacido de nuevo todavía está muerto para todas las cosas espirituales, y no puede oír, ni ver, ni gustar nada que sea espiritual. No está vivo para Dios. Yo le haría una solemne pregunta a todo aquel que dijera: “no veo ninguna belleza en Cristo”. La pregunta es: ¿no será que no tienes ojos? Si tú dijeras: “no oigo ninguna música en Su voz; de hecho, no oigo Su voz”, ¿no será que tus oídos están sellados? Y si dijeras: “no detecto ninguna dulzura en la palabra de Dios, o en el Cristo de Dios”, ¿no será porque todavía estás muerto en delitos y pecados? ¡Si es así, que Dios te vivifique por Su infinita misericordia!

Hay aún otra respuesta a la pregunta que pretendo hacer a manera de examen. Si la palabra de Dios no es muy dulce para mí, ¿*será porque no tengo apetito?* Salomón dice: “El hombre saciado desprecia el panal de miel; pero al hambriento todo lo amargo es dulce”. ¡Ah, cuando un alma está llena de sí misma, y del mundo, y de los placeres del pecado, no me sorprende que no vea ninguna dulzura en Cristo, pues no tiene nada de apetito! ¡Oh, pero cuando un alma está vacía, cuando un alma tiene hambre y sed de Dios, cuando está consciente de sus carencias y de sus miserias -como espero que algunos de los presentes lo estén- entonces Cristo es en verdad dulce! ¡Oh, hambrientos, recíbanlo en sus almas, succionen Su preciosa palabra! Cristo ha venido con el propósito de alimentar a los espíritus hambrientos. Si lo necesitan, pueden tenerlo y entre más lo necesiten, más disponible estará para ustedes y más libremente pueden participar de Él. Él es precisamente el Cristo que

necesitan. ¡Que Dios haga que tengan voracidad de Él, que sean tan voraces que no puedan descansar nunca hasta recibirlo como siendo completamente de ustedes!

Hay todavía otra respuesta. Si no percibo la dulzura en Cristo, he de preguntarme: *¿estoy saludable?* Cuando un hombre está enfermo su alma “abomina todo alimento”. Nada sabe rico para un hombre cuyo paladar no funciona bien debido a alguna enfermedad. Ahora, ¿acaso, esta noche, alguien de ustedes no siente ningún gozo en Cristo? Hermano, entonces estás enfermo. Saca tu lengua pues vamos a examinarla. ¡Ah, estoy seguro de que está recubierta del mundo! Algo no te funciona si Cristo no es dulce para ti. Algunas veces algunos de ustedes se han sentado en estos reclinatorios y han oído la predicación de Cristo hasta que difícilmente supieron cómo quedarse en sus lugares. Estaban dispuestos a ponerse de pie y a aplaudir para alabanza de Su amado nombre. Pero ahora no sienten nada en absoluto. Podrían casi quedarse dormidos si es que no están dormidos realmente. El predicador está muy dispuesto a compartir la culpa con ustedes, pues no es todo lo que debería ser; pero no tiene la intención de aceptar toda la culpa, ya que, hasta donde sabe, predica ahora al mismo Salvador que siempre predicó y trata de hacerlo con el mismo denuedo de siempre. ¿No será que te estás poniendo enfermo, que tu corazón se está quedando débil? Vete a casa y pídele al Señor que te restaure. ¡Oh, que te limpiara, que te purificara y que te hiciera fuerte y vigoroso y, entonces, esta sería una de sus primeras señales: que Cristo sería una vez más inexpresablemente dulce para ti!

Tengo que pedirles que se hagan también esta pregunta: *¿he saboreado al mundo o al pecado?* La gente pierde algunas veces su apetito por las cosas dulces cuando come algo amargo. Pudieras haber tenido algún sabor en tu boca, pero si comes algo con un sabor diferente, pierdes el sabor de lo primero. Si un hombre se aficiona a los puerros, y a los ajos y a las cebollas de Egipto –cosas fuertes esas– una vez que tiene el sabor de esas cosas en su boca, no es probable que tenga una disposición para las cosas preciosas de Dios. Los sabores espirituales exigen una gran espiritualidad para poder disfrutarse; no sé qué otra palabra usar. Necesitan que el paladar se mantenga limpio, pues, de otra manera, si el mundo fuera dulce para nosotros, si el pecado nos tuviera asidos, en esa medida y en ese grado seríamos incapaces de apreciar las dulces cosas de Dios.

Esta es mi última pregunta: *¿me he habituado a este alimento?* Todo dulzor terrenal empalaga; el que come miel por largo tiempo pierde

el interés por la miel. Pero es algo muy diferente con el Cristo de Dios. La dulzura de Cristo no es conocida plenamente excepto por quienes lo han conocido prolongadamente, por quienes por razón del constante uso han ejercitado plenamente sus sentidos. No hay nadie tan ávido de Cristo como el hombre que lo ha saboreado más. Pablo había sido un creyente al menos durante quince años, y, sin embargo, decía que su ambición era: “conocerle”. ¿Acaso no había conocido a Cristo antes? Sí; pero entre más lo conocía, más anhelaba conocerle.

Vamos, hermano, si no saboreas la dulzura de Cristo esta noche en la predicación de la palabra, seguramente ha de ser porque no te has estado alimentando últimamente de Él. Apresúrate y ven, y deja que tu alma sea llenada con Él en esta alegre hora.

Habré concluido cuando les haya recordado a quienes están presentes que no sienten ninguna dulzura en la palabras de Dios, que viene un tiempo cuando se verán forzados a oír la palabra de Dios de una manera muy diferente de la que la oyen esta noche. Una de las primeras obras de la resurrección será la formación del oído. Yo no sé cuál es el proceso por el que seremos resucitados de los muertos, excepto que el Señor Jesús dijo esto: “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”. ¡Cuando la voz del Hijo de Dios resuene en sus oídos, qué sensación habrá de causar! ¡Dios les ha hablado ahora a ustedes por la voz de uno como ustedes y él ha hablado de acuerdo a la página impresa y ustedes han elegido no escucharla; pero en aquel último día, cuando Él hable por la trompeta del ángel y por la voz de Su Hijo, ustedes estarán obligados a oír, y levantándose de sus tumbas, rompiendo sus mortajas, tendrán que obedecer y tendrán que presentarse, quiéranlo o no, delante del último y terrible tribunal para responder por cada acto hecho en el cuerpo, y por cada palabra ociosa que han hablado, sí, y por cada pensamiento que han imaginado contra el Altísimo! Podrían pasar mil años antes de que eso pase, o podrían ser diez mil años, yo no sabría decirlo; pero sucederá en el tiempo de Dios, y ese espacio intermedio será como el guiño de un ojo y allí estarás delante de la faz del grandioso Juez, y no serás capaz de decir con David: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!”, antes bien, gritarás, en la agonía de tu espíritu: “¡Oh, la hiel y el ajenjo!” Oh, el fuego que quemará en tu propia alma, cuando Dios diga: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi repreensión

no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis”. “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”.

Que Dios les conceda que no se les ordene que se aparten, y para que no se les ordene eso, ¡yo les ruego que oigan ahora la voz de Dios que les pide que confíen en Jesús y vivan! Yo sólo puedo hablar a través de estos pobres labios débiles, y no hay ningún poder en nada de lo que yo pudiera decirles; pero Dios el Espíritu Santo les habla con irresistible poder a sus corazones, y los constriñe a que prueben a Cristo esta noche oyendo la palabra de Dios en su propia alma. ¡Yo oro pidiendo que Él lo haga por causa de Su amado nombre! Amén y Amén.

Traductor: Allan Román
3/Noviembre/2011
www.spurgeon.com.mx